

CIENCIA

Y

HUMANISMO

SEMBLANZA DE DON JOSE CAICEDO Y ROJAS

Voy a evocar la figura de un hombre, familiar para nosotros los académicos, pero cuya obra no es suficientemente conocida. Supo despertar sentimientos de admiración y de afecto, entre sus contemporáneos, sentimientos de que han participado las generaciones posteriores. Se trata de don José Caicedo y Rojas, uno de los fundadores de esta ilustre academia, la cual se instaló en su casa donde inició sus labores durante los primeros años. A Caicedo y Rojas podemos considerarlo como el abuelo de esta academia. El, en su obra, cumplió con el lema de la Corporación y se erigió como modelo de escritores correctos y castizos, estimando que conservar intacto el tesoro idiomático era conservar, al mismo tiempo, la fisonomía de la patria. Glorifiquemos, pues, su memoria vinculada esencialmente a la cultura del país y al prestigio de sus más venerables tradiciones.

Don José Caicedo y Rojas fue un patricio ejemplar y uno de esos ciudadanos que enaltecen al pueblo del cual son producto de selección. Hay un rasgo dominante en su fisonomía moral y es la simpatía. Como no anduvo mezclado en andanzas políticas murió sin dejar resentimientos, y como jamás se ejerció en la polémica, no obstante la franqueza con que profesó sus doctrinas políticas y religiosas, su memoria se eleva pura por encima del polvo del combate. Además, el carácter casi exclusivamente literario de su obra, sin presupuestos doctrinarios ni manías proselitistas, parece envolverla en una atmósfera de sano y transparente idealismo, a manera de esos retratos que tienen como fondo una campiña sosegada, con pastores arcádicos y un campanario de aldea en el horizonte.

No fue hombre de combate don José Caicedo y Rojas, ni periodista militante, ni parlamentario vocinglero, ni militar improvisado y en esto difiere de la mayor parte de sus contemporáneos. Salió muy poco de su hidalga casa, donde se reunía la sociedad más granada de entonces, y era gentil en sus maneras personales y muy pagado de su ancestro santafereño, que constituía para él la suma y síntesis de todas las excelencias ciudadanas. El retrato que preside este acto, y que es maravilloso como obra de arte, nos ofrece la imagen física de este caballero de barba rubia y de ojos azules, cuyas manos sostienen un libro, que es como si sostuviesen el peso de su propio espíritu. No hubo en él doblez ni malicia de ninguna especie, y es muy frecuente que sus

escritos nos ofrezcan, de vez en cuando, rasgos de ingenuidad y de candor que nos revelan la pureza de esa alma privilegiada. Cuando al margen de la literatura, pretende ser moralista o crítico social, no va más allá de consideraciones comunes sobre el doctrinarismo religioso. Fue un cristiano íntegro, un católico sin reservas y un hombre de condiciones patriarcales, digno de administrar justicia, bajo un toldo, en la plaza pública, como los viejos de la Biblia.

No fue propiamente Caicedo y Rojas ni un erudito, ni mucho menos un hombre que hubiese revisado archivos o aspirado el polvo de los pergaminos. Pero sí fue un literato de abundantes lecturas, principalmente de los clásicos españoles, a quienes conocía y citaba oportunamente. Creo que su pasión literaria fue Cervantes. Conocía al dedillo el Quijote y logró asimilar de este libro algunas cualidades de estilo que trasladó, después, a sus propios relatos. No quiero incurrir en la ingenuidad de asegurar que Caicedo y Rojas fuese "cervantino" a la manera de don Juan Montalvo, o que hubiese aspirado a escribir, literalmente, como en el Siglo de Oro. En Caicedo y Rojas no hay arcaísmos antipáticos ni giros extraños a la manera común de escribir en su tiempo. Ni en el léxico, ni en la estructura sintáctica de la frase, ni en la manera de organizar los párrafos, en nada desmiente Caicedo y Rojas que es un americano del siglo diez y nueve, fiel a su tiempo, aunque nutrido de libros clásicos. Pero sí heredó de Cervantes, guardadas todas las proporciones, el arte de narrar, que es esencialmente cervantino, y que el escritor colombiano llevó a la perfección, refiriéndonos a sus contemporáneos. En esta materia muy pocos rivalizan con él. Cuenta, narra, refiere, con facilidad y abundancia, sin fatigar nunca, como que era diestro en calcular los efectos y no excederse en nada. Sus relatos, ya se trate de materia histórica o legendaria, son también modelos de lógica, pero no de esa lógica conceptual que organiza las ideas, sino de la otra, de la que sabe distribuir las diferentes partes de la narración, graduar los contrastes y, en una palabra, equilibrar el conjunto. Este sentimiento íntimo de la armonía es lo que un verdadero artista extrae de los clásicos, no la imitación literal de los textos. Racionalizar los sentimientos y canalizar la emoción para que no desborde y se mantenga siempre dentro de los límites humanos, es el ideal de todo verdadero escritor. Parece que Caicedo y Rojas hubiese practicado la máxima griega: "Nada demasiado de nada". Supo vigilarse a sí mismo, y de esta vigilancia resulta la discreta elegancia de sus escritos.

Cultivó, para emplear la consabida frase, muchos géneros literarios, pero no en todos sobresalió, pues hubo una parte de la literatura que fue su porción de heredad y aquella provincia de su reino interior que rindió las mejores cosechas. Como poeta tuvo un mérito muy relativo. Era de vuelo corto, y algunos de sus versos son realmente pueriles. Nada agregan a su fama. También escribió dramas y comedias que fueron representadas, pero no publicadas, por lo cual hubieron de desaparecer, sin mayor perjuicio para las letras nacionales. Su comedia sobre Cervantes, o mejor dicho, sobre un episodio muy conocido de la vida del autor del Quijote, le mereció una gran ovación y el hecho de que fuese coronado por una de las actrices que intervinieron en la

representación. Existe un resumen del argumento y tal entusiasmo solo puede explicarse por el ambiente de la época. Pero la obra es desacertada, para decir lo menos, como lo fue casi todo el teatro colombiano de ese tiempo. Es curioso que la influencia romántica hubiese extraviado de tal modo a los autores colombianos, cuando de literatura dramática se trataba, habiendo sido muy fecunda y saludable en otros aspectos, como sucede en la poesía lírica. Nuestra poesía romántica tradujo lealmente el alma del pueblo, el paisaje nativo y las tradiciones folclóricas. El teatro anduvo extraviado, y las piezas de Santiago Pérez, que constituyeron la pesadilla de su vida, y las de Lázaro María Pérez y de Jorge Isaacs nada tienen de colombiano y son un conjunto abigarrado de escenas falsas y truculentas. El caso de Isaacs es muy ilustrativo al respecto. El autor de la novela más colombiana que tenemos, escribió tres dramas de ambiente europeo, con Duques y Marquesas, frascos de veneno, aparición inesperada de frailes a media noche, duelos y cuchilladas. Hoy provocan hilaridad tales obras. Acaso el único de estos autores dramáticos que parcialmente se salvó fue don José María Samper, con algunas comedias costumbristas. Caicedo y Rojas corrió la misma suerte de los anteriores, y si algo vale para disculparlo fueron los veinte años que alcanzaba cuando quiso rivalizar con Alejandro Dumas y con el Hugo delirante y visionario que escribió una pieza como la titulada *Angelo de Padua*. Y con todo, Caicedo y Rojas tenía un concepto muy adecuado de la literatura dramática, pero esto hace referencia a los años de su madurez. Podemos oírlo:

“Fuera de las condiciones generales que exigen los demás géneros, dice, el drama necesita un talento especial, una disposición natural ingénita y un estudio y educación teatrales prolongadísimos y sostenidos. No hay exageración en decir que es más difícil hacer un buen drama que escribir un libro de historia, una novela, un poema o una colección de odas. Trazado el plan y supuestas las otras condiciones necesarias al autor, como son: método, buen lenguaje, claridad, espontánea elegancia, la narración marcha por sí sola. No así en el drama, en que la estrechez misma del argumento y plan, el diálogo, la peripecia y situaciones, los contrastes, la necesidad de ceñirse a lo indispensable, y nada más que a lo indispensable, desterrando trivialidades, echando fuera la hojarasca, prescindiendo del lirismo impertinente, atendiendo a las dimensiones del todo y de las partes, y a la armonía general de estas, todo concurre a formar un compuesto laborioso y en extremo delicado, el cual, si por algún lado flaquea, se viene abajo el edificio y queda en estado de ruina”.

Por desgracia, cuando Caicedo y Rojas formulaba tan sabios y ortodoxos conceptos, ya estaban escritas sus comedias, donde parece contradecirlos. Era demasiado joven, lo repetimos, y una vez enunciada su teoría, ya en la madurez de la edad, abandonó para siempre las tablas, y hubo de dedicarse a faenas intelectuales que exigían de él menos esfuerzo y cuadraban mejor con la índole de su inteligencia. Pero es justo reconocer que la emoción dramática repercutió siempre en el fondo de su temperamento, y que algunos de sus cuentos y novelas, así como sus cuadros de costumbres, valen, precisamente, por la in-

tensidad escénica que contienen, intensidad que, en las tablas, se hubiese perdido, pero que, en el relato prosaico, perdura, prestándole fuego y animación, que se comunican al lector como si estuviese viendo aquello mismo que el literato nos cuenta. Bastaría citar, como ejemplo, su novela corta llamada *Los amantes de Usaquén*, donde juegan las pasiones y los sangrientos episodios de nuestras guerras civiles, con violencia realmente trágica.

Fue un maestro, un verdadero maestro, en los cuadros de costumbres que Caicedo y Rojas cultivó, no por imitación ni contagio, sino por espontánea y natural disposición de su talento literario. Era un observador sagaz y agudo de las realidades ambientes, un pintor de la naturaleza como ha habido pocos en Colombia, por la riqueza de su paleta, y las profundas emociones que en su ánimo despertaban los paisajes de su tierra, sin que dejemos de advertir la influencia de Chateaubriand, que fue uno de sus autores preferidos; fuera de esto, al mismo tiempo, era un miniaturista para quien no pasaba inadvertido ningún aspecto del mundo físico. Con tales aptitudes, sus cuadros de costumbres son un reflejo exacto de las costumbres y de los sitios, de los personajes y de las situaciones; concebido todo bajo las especies de un realismo típico, que no es la visión escueta de un Eugenio Díaz, sino una especie de contemplación poética de todas las realidades del mundo, despojadas de su natural aspereza y de su ingénito prosaísmo. Porque Caicedo y Rojas, si no fue poeta en verso, sí lo fue en prosa, como el célebre Vizconde, y cuando pinta o describe las cosas lo hace con más sentimiento que fantasía, no obstante que ésta es una de sus facultades dominantes, y sabe impregnar sus pinturas de una fragancia exquisita, que no es otra cosa que su amor por los seres y por las cosas, convertido en emoción poética.

Este realismo costumbrista, que fué común a todos los cultivadores del género, y que constituyó una reacción saludable y oportuna contra el romanticismo en decadencia, tuvo una explicación parcial, que puede parecer sorpresiva y fue, sencillamente, el uso del caballo. Los hombres de ahora no podemos contemplar detenidamente, ni amorosamente, el paisaje. La velocidad destruye la naturaleza. Pero aquellos hombres, absolutamente todos, andaban a caballo, por veredas improvisadas y por atajos y desfiladeros, y así recorrieron el país, ya simplemente como viajeros, como comerciantes y como militares. El caballo camina como midiendo versos, y su trote es una invitación al examen de las cosas que pasan por delante de los ojos del jinete. El caballo fue el mejor colaborador de nuestros costumbristas y hasta buena parte de nuestra poesía nació bajo las herraduras de esos nobles animales. Las letras colombianas poseen páginas que tienen el ritmo de sus crines, y párrafos que humean como sus ancas cuando comienza la jornada de la mañana, y estrofas que se coronan de espuma como el freno tascado para emprender el galope. El caballo mismo, por su respiración, va señalando los accidentes del camino, y si el risco traba sus patas, la llanura lo hace bailar y el río lo urge para llegar a sus riberas. Se detiene, indefectiblemente, en los sitios frecuentados por su dueño. De esta manera se convierte en inocente delator de mozas y botellas. Todas estas

circunstancias actúan en el jinete que, si es literato, aprende de su caballo a sentir la geografía que recorre. La literatura de Caicedo y Rojas es una literatura de a caballo. La descripción del llamado **Desierto de la Candelaria** y de las regiones aledañas, que figura en **Apuntes de Ranchería**, no tiene rival en la literatura colombiana, ni tampoco las descripciones del Salto del Tequendama o de la manera como antaño se viajaba por el Quindío. Todo se ve, se palpa, se huele y parece que la madre tierra abre sus senos para que respiremos su intimidad reconfortante. Cuando Caicedo y Rojas se tiende a descansar en una gruta, o en plena llanura, parece un Adán criollo, vestido de ruana, que toma posesión de su paraíso tropical. Hay páginas de Caicedo y Rojas que huelen a rastrojo, después de la lluvia; a campiñas de poleo donde triscan las alondras; a madrigueras de conejos; a tapias revestidas de enredaderas, con huecos para las palomas; a savia y a romero de patios solariegos; a montañas profundas donde se escucha el rumor de una fuente oculta que parece referir la historia del planeta. Cuando don José se desmontaba de su caballo parecía abandonar al mismo tiempo sus arreos de escritor, en tanto que el corcel se lanzaba al campo, llevándose la inspiración de su dueño, como un Pegaso sabanero, más ligero de cascos que de alas.

No fue historiador don José Caicedo y Rojas, en el severo sentido de la palabra, pero sí lo fué a la manera como él entendía la historia, es decir, como una serie de cuadros pintorescos y vivaces, sobre hechos del pasado remoto o del cercano. Para lo primero recurrió a los historiadores de Indias, principalmente a Fray Pedro Simón, o a personajes tan notorios como José Manuel Groot, cuya Historia no se le caía de las manos. Para lo segundo a su propia memoria, a sus experiencias o a las reminiscencias de sus amigos. Su arte consistía en volver a contar lo ya contado, pero agregando, en algunos casos, la gracia de su estilo propio o las galanuras de su imaginación. Así sucede con Rodríguez Freyle. Algunos críticos han hecho aparecer al autor de **Recuerdos y Apuntamientos** como discípulo o seguidor de **El Carnero**. No hay tal. No existe punto de semejanza entre estos dos escritores. Rodríguez Freyle, considerado comunmente como alumno de la picaresca española, aunque alumno de segunda clase, escribe como simple cronista, o como logógrafo, según decían los griegos, buscando la exactitud del relato, en frases a veces de difícil estructura sintáctica, y no obstante la mezcla de realismo crudo, con la prédica moral, se complace a no durarlo, en los cuadros licenciosos y su lenguaje no es modelo de pulcritud ética. Caicedo y Rojas escribe de manera llana y elegante, y sus escrúpulos morales no le permiten una palabra de doble sentido, y, muchísimo menos, la pintura de escenas escandalosas. No había leído la **Celestina**, como Rodríguez Freyle, que casi se la sabía de memoria, sino a Setébanez Calderón y a Mesonero Romanos, fuera de los clásicos del Siglo de Oro, como ya lo apunté. Lo que sucede es esto: de **El Carnero** toma Caicedo y Rojas algunos episodios como la historia de **Juana la Bruja**, o la muerte del arzobispo Fray Luiz Zapata y Cárdenas, y convierte los escuetos relatos del cronista colonial en amplios cuadros llenos de carácter y de vida, realizados con enérgicos brochazos de sombra y de luz, vivos y apasionantes como si fuesen capítulos de una

bella novela de aventuras. Y es que Rodríguez Freyle tenía más malicia e ingenio que imaginación; en cambio Caicedo y Rojas carece como ya se dijo, de segundas intenciones, pero su fantasía es poderosa y diestra, al mismo tiempo, en el conjunto de las cosas y en sus detalles y pormenores.

El autor de *Apuntes de Ranchería* participaba de la misma teoría de Rodríguez Freyle, en relación con la historia. Decía, en efecto, el cronista del siglo XVII que él dejaba a los otros historiadores la narración de los grandes sucesos ocurridos en el mundo, y que reservaba para sí los hechos menudos, y a veces insignificantes, en los cuales no reparaban los que sientan testimonio de la evolución humana; pero que esos hechos dan, a veces, mejor cuenta y razón del carácter y la índole de una época, así como se conoce mejor a los hombres sorprendiéndolos en su intimidad, y en lo trivial y ordinario de la vida cotidiana. Es verdad. Por eso Caicedo y Rojas nos cuenta cosas aparentemente baladíes, pero que iluminan algún aspecto de su tiempo, o descifran uno de esos enredos históricos que suelen tener como causa algún incidente casero. Por esta circunstancia cultivó con tanto amor el género costumbrista, aventajando, por algunos aspectos, a muchos de sus colegas, como puede verse al leer *El Tiple*, que es un retrato de la historia de Colombia sin posible rival en nuestras letras. Y aquí radica el mérito de los cuadros de costumbres, que si no son páginas clásicas, por el estilo, ni muestras insignes de la mentalidad nacional, tienen, en cambio, un inapreciable valor, como documentos sociales. No existiendo en aquellos tiempos ninguna de las disciplinas científicas que ahora estudian el carácter y desenvolvimiento de la sociedad humana, lo particular y típico de estos cuadros, en relación con los hechos religiosos, sociales y políticos, suple aquellos estudios. Con la circunstancia plausible de que casi todos fueron productos de observaciones personales.

Pero en aquella facultad o disposición en que sobresale Caicedo y Rojas es en el arte, que parece solo a él concedido, de juntar, en un todo perfecto y compacto, historia y leyenda, realidad y ficción, fábula y verdad, sin que se adviertan los puntos de sutura, ni se mezclen las tintas, ni se interfieran los hechos. La unidad de estos dos elementos, al parecer irreconciliables, es perfecta en nuestro autor. Al leer sus novelas y leyendas, sus cuentos y sus crónicas, los personajes reales y los imaginarios parecen moverse en un mismo plano histórico, con la circunstancia, muy significativa, de que lo poético de algunos de ellos parece suavizar la áspera realidad de los otros; y esta áspera realidad pone un toque de humano patetismo en la idealizada imagen de varios de sus protagonistas. Así establece el autor una especie de equilibrio entre vida y poesía, entre sueño y vigilia. En otros escritores no existe esta unidad y los dos elementos que la componen, y a los cuales acabo de aludir, parecen marchar por separado. Lo mismo acontece con el propio Rodríguez Freyle, y con algunos autores de las novelas picarescas, obras que perfectamente podrían dividirse en dos secciones: la pintura de personajes y el relato de aventuras y la parte correspondiente a las abstracciones morales. Hay un modelo perfecto, y para mí excelso, en que están sumadas verdad y realidad, como los metales de una aleación

exacta, y es la aventura de la Cueva de Montesinos, capítulo que marca la mayor altura del genio de Cervantes. Al lado de esto es un juego literario el descendimiento de Eneas a los Infiernos. Pues bien, en esto que podríamos llamar cuestión de técnica literaria, es un maestro Caicedo y Rojas. No podía contentarse con el simple dato que le daban los cronistas y tenía que completarlos con todos los recursos de su fecunda imaginación. Quienes creen que la historia es dato y circunstancia, documento y memorial, deben quedar aterrados cuando alguien, como Caicedo y Rojas, les asegura que también es fantasía. Y aquí viene, como anillo al dedo, la conocida sentencia de Aristóteles cuando aseguraba que la poesía, que intuye lo universal, es superior a la historia, que investiga lo particular y concreto, o la aseveración de Caicedo y Rojas, cuando sienta que la novela es continuación de la historia, y a veces, su mejor sustituto. El autor de **Juana la bruja** practicaba a cabalidad esta teoría y quienes desconocen la época colonial, que es nuestra edad media, no acuden al historiador o al cronista, sino a los relatos de Caicedo y Rojas. Allí encuentran algo que escapa al logógrafo, y es lo que podríamos llamar el espíritu del tiempo, el carácter del siglo, el alma de la época. Caicedo y Rojas, espíritu añorante, hombre posiblemente descontento de sus días, fecundos en revoluciones, prósperos en caudillos políticos, abundantes en continuas experiencias sociales, resolvió hundirse en la época colonial, que estaba más de acuerdo con su temperamento de caballero español, de hidalgo solariego, de cristiano devotísimo y de clásico del idioma. Y así escribió su novela **Don Alvaro**, a la que voy a referirme.

Don Alvaro, que lleva el mismo nombre del famoso drama romántico escrito por el Duque de Rivas, es la mejor novela de reconstrucción que se ha escrito en Colombia, y acaso, en Hispanoamérica. Es lástima que esta novela, o leyenda, o cuento, o historia, pues el mismo autor la llama de todas estas maneras, no haya tenido difusión en Colombia, ni se haya hecho de ella, según me parece, una edición separada, pues fue publicada, por entregas, en un periódico de la época. Creo que pasó inadvertida. Pero, en mi modesto concepto, es una obra maestra, muy superior a esa ingenua improvisación que se llama **Tránsito**, o al prosaico relato que corre con el nombre de **El Alférez Real**; puede colocarse al lado de **Manuela**, de **El Moro** o de **María**. No hay que perder de vista, naturalmente, que se trata de una leyenda colonial y que es obra de reconstrucción. Por este aspecto es insuperable. No es de mucha extensión material, y se lee de corrido, pues el interés es cada vez más creciente, sin que tenga nada de folletín ni de obra policíaca. Es toda una novela, vuelvo a repetirlo, y su técnica es adecuada al género. Tiene un argumento central, personajes principales y secundarios que contribuyen al desarrollo, episodios variados que alejan toda idea de repetición o monotonía, y un desenlace natural y lógico, dados los antecedentes del relato. Los protagonistas respiran vida y realidad, y unos son inventados y otros están tomados de la leyenda o de la tradición, pero todos ellos se mueven como sujetos de carne y hueso. La figura de Don Alvaro Sánchez de Yebras, que le da el título a la obra, por su gallardía, su entereza y su honradez caballeresca, recuerda algunos personajes de Lope de Vega. Don Pedro Urrego es el tipo del criollo en

quien aparecen ya algunos defectos del colombiano de hoy. Constanza e Irene son figuras bastante idealizadas y borrosas, acaso demasiado románticas dado el ambiente realista de la novela, pero su simpatía se impone y, desde luego, son las encargadas de la desesperación y de las lágrimas, hasta que la primera de ellas encuentra la paz del alma en el convento, como era natural. También existe un barbero chismoso que se asemeja mucho a los graciosos de las comedias clásicas. Pasa por la novela la nobilísima figura del arzobispo de Bogotá, Fray Luis Zapata y Cárdenas, sucesor de Fray Juan de los Barrios, la primera mitra que se vió en Santa Fe, y es de admirar la gallarda figura del capitán García Zorro, ya octogenario, y único sobreviviente de aquellos soldados de Quesada que llegaron a la Sabana de Bogotá en una clara y ventilada mañana de agosto. Ya dije que Caicedo y Rojas describe de manera patética la trágica muerte del arzobispo Zapata y Cárdenas, tomando como base el escueto relato de Rodríguez Freyle y que se aparta de éste al referir la muerte del capitán Zorro, que cae de su cabalgadura en un torneo caballeresco, bajo la acometida de Don Alvaro Sánchez de Yebras. Las distintas partes de la novela se ajustan matemáticamente, no obstante que el relato, en alguna parte, se suspende para seguir alguna desviación secundaria, como sucede, guardadas las naturales proporciones, en la primera parte del Quijote. Pero todo se va enlazando y, a la postre, la novela deja la impresión de una unidad perfecta, lograda con natural despejo.

Por supuesto que no es la acción lo que más atrae en la novela, sino el ambiente en que esta acción se desenvuelve, ambiente de claro-oscuro, como que se trata del período colonial, con todas las circunstancias que contribuyen a darle misterio a una época tan poco explorada por los artistas, pero cuyo carácter barroco se evidencia en la mezcla de misticismo y corrupción, de crueldad y compostura, de ejecuciones públicas en el patíbulo o de terribles venganzas privadas, de todo lo cual da fe **El Carnero**, en los célebres episodios del Oidor Cortés de Mesa o de doña Inés de Hinojosa. Caicedo y Rojas toma para su relato la parte más noble y caballeresca de ese tiempo y se deleita refiriéndonos, con todos sus detalles, las procesiones de Corpus, las corridas de toros, las competencias de a caballo entre los donceles más apuestos de la época, en la calle que, por esa razón, se sigue llamando de la Carrera, los aguinaldos, los pesebres, los mercados, la llegada del correo cada seis meses y las serenatas de media noche al pie de alguna ventana entreabierta y en las cuales rompe el silencio la voz atiplada de algún andaluz realmente enamorado, o bien pagado para el efecto. Todo esto se combina con el pavoroso espanto de la **Mula Herrada**, o con los agüeros y hechicerías de **Juana la Bruja**, o con el personaje llamado humorísticamente el **Pecado Mortal**, que era un viejo sacristán que, provisto de una lámpara roja, arropado hasta las orejas con un bayetón negro, recorría las calles de Santa Fe convidando a la penitencia y a la confesión a los habitantes de la pequeña y amodorrada ciudad. Todo esto, y muchas cosas que sería largo enumerar, cuenta y describe Caicedo y Rojas, con admirable destreza pictórica, o con tintas sombrías si el caso lo requiere. Leyéndolo se recuerdan algunos cuadros de la pintura

barroca española, correspondientes al siglo XVII, cuadros luminosos y sombríos, al mismo tiempo, donde los ángeles alternan con las brujas.

Tal es la novela de Caicedo y Rojas, desconocida entre nosotros, aún entre los literatos, lo cual es una lástima y constituye una injusticia para un escritor de mérito relevante, que trabajó sin aspirar ni a la publicidad ni a la gloria, y movido, exclusivamente, por el imperioso designio de su vocación. Lo imagino en su casa hidalga y acogedora, que debió de parecerse, no sé por qué, a la mansión de Don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán, a la cual se acoge Don Quijote después de la temeraria aventura de los leones. Era una casa amplia, de noble abolengo provinciano, con corredores resonantes y un fresco y perfumado patio, rodeado de tinajas que le hicieron recordar a Don Quijote las del Toboso, arrancando de su pecho mal disimulado suspiro. Allí discurre el Hidalgo Manchego, con el hijo de Don Diego que acaba de regresar de Salamanca y es aficionado a la poesía; y en verdad que el huésped ocasional lo hace con gentil donosura y docta elocuencia, dejando lelo a Don Diego que no se explica cómo en un cerebro humano podrán caber, al mismo tiempo, tanta locura y tanta discreción. Al abandonar Don Quijote la hospitalaria casa, después de elogiar las delicadas atenciones del dueño, le dice a Sancho, que lo que más hubo de gustarle era el maravilloso silencio que allí reinaba. Igualmente maravillosa por su silencio, su claridad y su orden, debió de ser la casa de Don José Caicedo y Rojas, con sus amplios sillones cordobeses, sus mesas con incrustaciones de carey, y el magnífico escritorio, parecido a un altar gótico por sus nichos, relieves y columnas y frente al cual apoyando brazos y pecho, pasaba largas horas Caicedo y Rojas en la redacción de sus memorias y leyendas. Allí olvidaba los agitados tiempos en que le había tocado vivir y que no cambiaba por aquella colonia, tan rica de expresión y de carácter, donde cada sombra le murmuraba una historia, y en cada rincón podía descifrar una fábula.

También ensayó Caicedo y Rojas los estudios críticos y biográficos y lo hizo a su manera, quiero decir, poniendo en ellos, muchas veces, más fervor que análisis y más entusiasmo que erudición. Con todo, esos estudios son admirables porque Caicedo y Rojas no desperdicia allí ningún elemento histórico importante, ni ningún dato personal significativo para darle configuración viviente a un personaje, por el cual sabe comunicarnos su entusiasmo y su devoción. Así acontece, por ejemplo, con la página consagrada a don José Manuel Groot, y la tomo como ejemplo pues existe otro estudio, sobre este mismo personaje, realizado por don José María Samper. ¡Qué diferencia entre estos dos ensayos!. El escrito de Samper, polígrafo desconcertante, y más sociólogo y economista que literato, no obstante haber escrito infinidad de versos y de comedias, es un tanto escueto, aunque muy agudo, por algunos aspectos. Samper destaca en Groot únicamente al polemista católico, y deja en la sombra otros aspectos de su personalidad. En cambio Caicedo y Rojas nos cuenta su educación, las primeras orientaciones de su juventud, las influencias que sufrió durante aquellos años y la radical evolución de su inteligencia en lo relativo a las ideas religiosas. Nos habla de su afición por la pintura, de sus estudios sobre esta rama del arte,

y pasa enseguida a lo fundamental, es decir, a la magna obra crítica dejada por don José Manuel, no sin anotar antes su capacidad como autor de cuadros de costumbres, algunos de los cuales son ya clásicos en la literatura colombiana. Naturalmente, había más afinidades entre Groot y Caicedo y Rojas, que entre éste y Samper. Así se explica lo fervoroso de ese estudio y así sale verdadera la vieja sentencia de que no se comprende sino lo que se ama.

Igualmente entusiastas y exactos son los estudios sobre José Acevedo Gómez, José María Espinosa, Luis Vargas Tejada, Josefa Acevedo de Gómez, el presbítero José Romualdo Cuervo, Joaquín Guarín y muchos otros coleccionados en *Apuntes de Ranchería*. Todos ellos se leen con mucho agrado, e ilustran aspectos desconocidos de la historia de Colombia y nos dan semblanzas completas de los personajes allí juzgados, con la circunstancia, muy significativa en esta clase de trabajos, de que Caicedo y Rojas, siente horror por la monotonía rutinaria que afea algunos ensayos, escritos por plumas menos hábiles y procura ser interesante, dinámico y, muchas veces sorpresivo. Así acontece con el estudio extenso y cuidadoso que escribió sobre Vargas Tejada por el cual sentía, fuera de la admiración literaria, una especie de ternura paternal. Caicedo y Rojas trató personalmente a la madre del poeta y dramaturgo la cual era una matrona que parecía arrancada a una página de la historia romana. De ese trato obtuvo muchos datos sobre el desventurado escritor que murió a los veintisiete años de edad, víctima de las circunstancias políticas. Si hubiese nacido algunos años después, pasada la efervescencia revolucionaria y muerto Bolívar, habría sido uno de los grandes poetas nacionales, probablemente un estupendo romántico, digno de ser puesto al lado de Ortiz o de Arboleda. Pero fue educado en el menguado neoclasicismo francés del siglo XVIII, y luego la actividad demagógica a que hubo de entregarse, y a la que no fue extraña la lectura constante de Plutarco o de Tácito, traducidos al lenguaje del trópico, lo echaron a perder como poeta y como autor dramático. Su obra, y así lo reconoce Caicedo y Rojas con imparcialidad digna de encomio, es correcta pero fría, demasiado atildada, menos en algunos poemas de inspiración política como el titulado *Catón en Utica*, sátira contra Bolívar donde hay más declamación y elocuencia que poesía propiamente dicha. Tampoco fue afortunado en sus tragedias por haber tomado como tema de ellas acontecimientos muy próximos a la época en que fueron escritas, y es bien sabido que el tiempo y la distancia realzan los hechos y les otorgan grandeza dramática. Además, escogió mal el metro para sus dramas por imitación de los franceses del siglo XVIII y hubo de sujetarlas a las malhadadas tres unidades, que esterilizaron en Francia tanto ingenio digno de mejor suerte. Todo esto lo pone de relieve Caicedo y Rojas con criterio objetivo y seguro, pero sin renunciar a su entusiasmo por la figura humana de este escritor que tuvo talento precoz y fue un verdadero portento sobre todo en el conocimiento de los idiomas europeos, en algunos de los cuales llegó a versificar correctamente. Su destino trágico y su frustración casi completa hoy inspiran profunda piedad, y admiración su figura de mártir político, cuando lo natural, repito, hubiese sido que luciera como uno de los fanales poéticos de Colombia. Antes de caer en las aguas

del río que lo arrastró pérfidamente debió golpearse la frente diciendo: "Aquí había algo", como lo hizo Andrés Chenier, cuando su juvenil cabeza iba a caer bajo el golpe de la guillotina.

Voy a terminar, pero dejadme fantasear a propósito de don José Caicedo y Rojas a quien quiero situar idealmente en el mismo medio en que se mueven los personajes del Don Alvaro. Don José, con capa y espada, pasea por la ciudad, que apenas tiene cincuenta años de fundada, pero que ya posee algunos barrios, separados por calles anchurosas, y varios conventos sólidamente edificados. La luna de diciembre proyecta la sombra del señor Caicedo y Rojas a lo largo de las calles, hace que se quiebre en las esquinas, y parece enredarla en los árboles, hasta que penetra en una iglesia, que, ocasionalmente, se encuentra abierta a esa hora. En el fondo hay un Cristo torpemente pintado en una burda tela, obra, posiblemente, del propio Fray Domingo de las Casas. Al pie de la desdibujada figura arde una lámpara alimentada con aceite de higuera. Don José Caicedo y Rojas se pone en oración y después, arrellenado en una banca, y como soñando despierto, piensa en el porvenir de aquella ciudad naciente. Transcurren los años tras los años y el señor Caicedo y Rojas la imagina densamente poblada, posiblemente libre del dominio de esa querida España, que él lleva clavada en el corazón, y engrandecida por hombres notables en las ciencias y en las letras. De repente se le ocurre que un día cualquiera, algunos de esos hombres se van a reunir, en cierta sala, para proteger de corrupción el idioma que él acaba de recibir de los conquistadores y que a Carlos V, después de leer a Garcilaso, le parecía digno de los ángeles. Y he aquí, señores académicos, que estamos realizando el sueño que hace cuatrocientos años soñó don José Caicedo y Rojas, al salir de la iglesia que he dicho, y cuando ya llamaban a misa las campanas de todos los conventos. Salud ¡Oh bronces vocingleros! que le anunciábais al mundo la existencia de una ciudad dormida en una meseta andina y en cuyo estrecho recinto se incubaba un porvenir de gloria, así como, ya vencida la noche, detrás de los montes oscuros, se presente la estrella de la mañana.

RAFAEL MAYA

* * * * *

